3705

LOS DOS CAMARADAS,

PRIMERA PARTE DEL DRAMA PÓSTUMO

MIGUEL DE CERVANTES,

QUE DEJÓ SIN CONCLUIR

DON VENTURA DE LA VEGA,

dividida en dos actos, y precedida de un proemio en uno, titulado

UN HALLAZGO LITERARIO,

ESCRITO por

DON LUIS DE EGUILAZ.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.

D

LOS DOS CAMARADAS,

PRIMERA PARTE DEL DRAMA PÓSTUMO

MIGUEL DE CERVANTES,

QUE DEJÓ SIN CONCLUIR

DON VENTURA DE LA VEGA,

dividida en dos actos, y precedida de un proemio en uno, titulado

UN HALLAZGO LITERARIO,

ESCRITO por

DON LUIS DE EGUILAZ.

Ambas obras han sido puestas en escena por primera vez en el teatro de Jovellanos la noche del 21 de Abril de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

LOS DOS CAMARADAS.

Reparto.

PERSONAJES.	ACTORES.
FELIPE II (41 años).	D. Francisco Oltra.
DON JUAN (23 años).	D. Juan Casañer.
MIGUEL DE CERVANTES (21 años).	D. Ricardo Morales.
LUIS QUIJADA (60 años).	D. José Izquierdo.
ANDRÉS DE CERVANTES (25 años).	D. Vicente Caltañazor.
ANTONIO PEREZ (20 años).	D. Claudio Compte.
DON GASPAR DE EZPELETA (25 años).	D. José Garcia Roman.
PEREIRA.	D. Emilio Mario.
BOLAÑOS.	D. José Alisedo.
JULIO AQUAVIVA (20 años).	D. Ricardo Zamacois.
EL EMBAJADOR DE FRANCIA.	D. Ramon Álvarez Tubau.
EL EMBAJADOR DE INGLATERRA.	D. Francisco Calvet.
EL CONDE DE MONTIGNI.	D. José Morel.
EL PRÍNCIPE DE ÉBOLI.	D. Nicolás Pasca.
EL MARQUÉS DE AGUILAR.	D. Manuel Cancela.

Grandes, monteros, ojeadores, guardias.

1568.

UN HALLAZGO LITERARIO.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIETA.	D.ª Teodora Lamadrid.
DOÑA ENGRACIA.	D.ª Balbina Valverde.
ANTOÑITA.	D.ª Maria Álvarez Tubau.
ADOLFO.	D.ª Dolores Fernandez.
ERNESTO.	D.ª Cármen Genovés.
DON FRANCISCO.	D. Francisco Oltra.
DON EMILIO.	D. Emilio Mario.
DON IGNACIO.	D. José Alisedo.
PEPE.	D. Ricardo Zamacois.

Estas dos obras han sido puestas en escena y dirigidas por

D. DIEGO LUQUE.

UN HALLAZGO LITERARIO.

ACTO ÚNICO.

Una alameda de la Fuente Castellana: sillas de hierro colocadas en fila.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO, PEPE.

El primero sentado leyendo un papel de una comedia. El segundo de pie delante de él en actitud de esperar á que le pague.

PEPE. Señorito!

EMILIO. Toma. (Dándole dinero.)

PEPE. ¡Señor don Emilio!

EMILIO. ¡Hola, Pepe! Tú por aquí? ¿No estás ya en el teatro?

PEPE. ¿En el teatro? Sí, sí: buenos estan los teatros!

EMILIO. ¿Qué? No te pagaban?

PEPE. Lo que es pagar... sí que pagaba el pobre empresario. Pero como el público dió en no ir á las funciones, y yo era acomodador, y no habia á quien acomodar, el buen

677562

señor me dijo al pagarme la primera nómina: «Toma, Pepe, y busca otro acomodo, que para la gente que viene con la mitad de vosotros basta.»

EMILIO. Vaya por Dios, hombre! Pero en fin, si has encontrado por donde buscártelas...

PEPE. Eso, sí señor. La cobranza de las sillas da para ir tirando.

EMILIO. Pues mientras puedas ganarte el pan...

PEPE. No, si yo no siento haber perdido aquella colocacion por lo que me producia. ¡Ya ve usted! para un miserable real y medio que me daban cada noche!...

EMILIO. ¡En verdad que no es suma para llorada!

PEPE. Ca! no señor! Pero la pícara aficion á las comedias!... Créame usted, don Emilio, el que entra en aquellas casas, no sabe salir de ellas. Y yo soy tan... vamos, tan aficionado á todos ustedes que... vamos... lo que me dice mi parienta todos los dias: «Anda, maldito de cocer, que por las comedias y los cómicos te has de ver en un presidio.» Perdone usted, don Emilio, mi parienta dice cómicos y no actores porque como ella no entiende de teatros ni tonterias...

EMILIO. Y muy bien que dice tu parienta. Cómicos se llamaban la Bezon y Prado, cómicos Maiquez y la Rita Luna, y no sé por qué ha de creerse degradante un nombre que han ilustrado tantos génios, y han llevado con orgullo tantos grandes artistas. Lo que no encuentro tan en su lugar es la profecia del presidio; porque, ¿qué puede encontrar de criminal una mujer tan cuerda, como parece serlo la tuya, en esa tu aficion al teatro?

PEPE. Yo le diré á usted! Desde que no soy acomodador, como no puedo dominar esta pícara aficion que tengo á las comedias, ni siempre se halla uno en disposicion de gastarse una peseta en tomar una entrada... ¿qué hago? cojo y me voy todas las noches á gastarme doce cuartos en uno de los muchos establecimientos que hay en Madrid, donde por ese precio le dan á usted su taza de café y su billete para ver el primer acto de un dra-

ma. Ve uno el primer acto; y como uno ya ha corrido mundo y está inteligenciado en eso de las comedias, dice uno: «Pues señor, esto para en que fulano se casa con zutana, ó en que zutano mata á fulanico ú cosa así,» y para el caso es lo mismo que si uno ya lo hubiese visto. Pero luego le entra á uno la comezon de si será ó no será, y de si el traidor matará al barba, ó el barba matará al traidor; y cate usted que por salir de la curiosidad vuelve uno al café, y pide una copa de aguardiente y larga sus cuartos, y le alargan su billete, y ve el segundo acto, y entra en ganas de ver el tercero, y bebe otra copa... y ¡no le digo á usted las copas que tiene uno que beberse si hacen la *Abadia de Castro* ó *Don Álvaro ó la Fuerza del sino*!

EMILIO. ¡Eso es lo que se llama pasar á tragos las comedias!

PEPE. Y ocurre que uno vuelve á casa... un poco... vamos... un poco así; y la parienta entonces ¿qué ha de decir? Ya sabe usted lo que son las parientas.

EMILIO. Sí, sí.

PEPE. Pero como uno tiene tanto amor al arte...

EMILIO. Le protege empinando lo mas que puede. No hay duda, amigo Pepe, que el arte ha de hacer grandes progresos con esta nueva invencion de los cafés *declamantes*.

PEPE. ¡Y usted, en qué café trabaja?

EMILIO. ¿Yo? (Con sobresalto cómico.) Todavia, á Dios gracias, sigo en el teatro. Aunque al paso que vamos...

PEPE. Es decir que hay teatros todavia? ¡Parece mentira!

EMILIO. Sí que lo parece. Pero no te dé pena, que pronto se cerrarán los pocos que quedan abiertos. Desde que cada café se ha convertido en un coliseo, y en cada sala se ha colocado un escenario; desde que la aficion al arte escénica se ha difundido tanto que el zapatero no puede tomarte medida de unas botas por estar apuntando un sainete, y el senador no puede acudir á las discusiones porque está ensayando un papel de galan jóven, en esta nacion, cuyos hijos son todos artistas dramáticos, no queda casi nadie que se resigne á

hacer el papel de público, sino los que como tú desquitan el precio del billete con el aguardiente de Chinchon que hacen pasar por sus gaznates.

PEPE. Pues mire usted, eso será malo para ustedes; pero así se aficiona la gente.

EMILIO. Dí que se inficiona.

PEPE. Aficiona ó inficiona, lo mismo da. Yo no sé de letras.

EMILIO. Es verdad.—Pero hablando de otra cosa, ¿sabes que hoy viene poca gente al paseo?

PEPE. Por este lado poca suele venir siempre: por el lado de allá, ya es otra cosa; como está de moda!... (Señalando al público.)

EMILIO. Ah! si está de moda!...

PEPE. Aquí solo acostumbran sentarse algunas parejas... vamos... ya me entiende usted...

EMILIO. Ya, ya. (Sonriéndose maliciosamente.)

PEPE. Ó alguna que otra familia de poco mas ó menos. Á estas sillas suelen venir casi todas las tardes unas señoras y unos caballeros lo mas aficionados!... Da gusto oirlos. Tienen teatro en casa: y no tratan mas que de los trajes, y de los papeles, y de quién hará el segundo barba... ¡Y qué hablar de los teatros públicos, y de la decadencia del arte, y de que ya no hay cómico que valga dos cominos!... En fin, es gente que se conoce que lo entiende.

EMILIO. Se conoce.

PEPE. Como que el padre empezó teniendo el puesto de dulces del teatro de la Cruz! ¡Ya ve usted si él habrá visto!...

EMILIO. Ya! es confitero.

PEPE. Y de lo mejorcito que hay en Madrid. Mire usted: allí viene ya con su mujer y sus dos hijas. Verá usted en cuanto sepan que usted es tambien del arte qué cosas le dicen y qué...

EMILIO. ¿Sí? Vuelvo! (Levantándose.)

PEPE. ¿Qué? Se va usted ya.

EMILIO. Sí.—Dime: ¿Has visto pasar por aquí esta tarde á don Francisco?

PEPE. Allá bajo, junto á la fuente del Obelisco, lo tiene usted

estudiando. (Señalando á la derecha.)

EMILIO. Pues adios, Pepe, y buena fortuna. (¡Huyamos del confitero! (Váse por la derecha.)

PEPE. ¡Adios, señor don Emilio!

ESCENA II.

PEPE.

¡Qué envidia me dan estos hombres! Siempre divertidos haciendo comedias, y ganándose los garbanzos entre carcajadas, mientras que uno!... ¡Y qué humos ha echado este!... La gente por ahí dice que lo hace bien. Pero á mí que no me digan!... porque como lo he conocido haciendo papeles de racionista ilustrado!... Apartémonos, que ya está aquí mi gente.

ESCENA III.

DOÑA ENGRACIA, JULIETA, ANTOÑITA y D. IGNACIO; que vienen por la izquierda discutiendo acaloradamente.

JUL. Si sabré yo cómo se viste la época de Felipe V!

IGN. Te digo y te repito que entonces no habia fraques ni sombreros de copa.

JUL. Hubiéralos ó no, lo que yo te digo, papá, es que ni entonces ni ahora puede presentarse en sociedad una persona decente sino de frac y corbata blanca.

ENG. Tiene razon Julieta, marido. Tú siempre debes portarte como quien eres.

IGN. Pero si yo hago de cardenal Alberoni.

ENG. Pues por lo mismo. Ya ves tú si un cardenal tendria ropa para...

IGN. Pero si Juanito el pintor me ha dado el figurin.

JUL. El figurin! Hum! qué tonterias dices, papá. ¿Quién sabe hacer aquí un figurin que no sea de moda atrasada? Los figurines de la última vienen de Paris.

ENG. Eso es! Y tú siempre debes estar á la última, y portarte como quien eres.

ANT. Pues á mí se me figura que ese señor cardenal se vestiria de colorado.

JUL. ¿De colorado? ¡Qué poco artista eres, hermana! ¿No ves que el colorado es un color que desentona? Lo que dice Adolfo: «Las medias-tintas... el claro oscuro... el arte... el... en fin, el arte.»

ENG. Pues á mí se me figura que ponerse un poco llamativa para que reparen en una... nunca está demas.

JUL. ¡*Llamativa*! ¡Qué cosas dices, mamá!

ENG. Una soltera que como tú frisa en los treinta...

JUL. Veinte y cinco. (Rápido.)

ENG. Si no estamos mas que los de casa. (Despues de mirar rápidamente á todas partes.)

JUL. No importa. Veinte y cinco he dicho.

ENG. Sean veinte y cinco. Te quitaré cinco años.

IGN. Tú te quitas diez.

ENG. Yo no me quito nada.

IGN. (Hasta los dientes!) (Se sientan.)

ENG. Pues decia, que una soltera con... veinte y cinco á la cola, debe procurar fijar la atencion, á ver si pesca algo. Lo esencial para la mujer es la pesca del marido.

IGN. ¡Pobres peces! (Entre dientes.)

ENG. ¿Eh?

IGN. Nada. Yo estoy resignado con mi suerte.

JUL. Un marido... casarse... tener chiquillos... vivir en prosa... Quita! quita! La escuela francesa, mamá, la escuela francesa.

ANT. El colegio dirás.

JUL. ¡La escuela, ignorante! Yo soy artista: el arte debe ser libre é independiente como el aire; el arte no puede rebajarse á confeccionar calzoncillos ni á zurcir calcetines.

ING. Pero, muchacha!...

JUL. Nada, nada. La que siente el fuego artístico dentro del pecho debe resignarse á perpétuo celibato.

ENG. ¡Y yo que hice teatro en casa para atraer gente y ver si conseguia salir de ellas!

ANT. No te apures, mamá, que bien tierna se pone con Adolfo.

JUL. Adolfo es artista como yo, y participa de mis ideas; Adolfo no es hombre...

IGN. ¿No?...

JUL. El arte no tiene sexo: es el arte y no mas.

ANT. ¡Dale con el arte! Pues mira, si tanto te gusta el teatro, mejor habrias hecho ayer en no oponerte á que fuéramos al de la Zarzuela, cuando teniamos palco regalado.

JUL. Eso es. Y hubiéramos dejado nuestro ensayo de *Adriana* por ir á oir á los actores que ahora tenemos!

ANT. Como soy tan ignorante, á mí me parecen bastante mejores que tú, y que papá y que mamá, y que todos los que trabajan en casa.

ENG. ¡Hija! (Enojada.)

IGN. No, no: lo que es eso!... (Muy alborotado.)

JUL. No se alteren ustedes, que ni aun ella misma cree lo que dice. Si siente tanto el no haber anoche ido al teatro de la Zarzuela, es porque el palco nos lo habia mandado ese Ernesto, ese pollo frio y prosáico, que en su vida llegará á hacer con entonacion ni el mas insignificante galan jóven.

ENG. Claro está. Él hubiera subido á vernos... Pues no es mal chico el tal Ernesto. Eh? Ignacio?

IGN. ¡Yo cómo quieres que sepa!...

ANT. Pues no es por eso, no señor. Yo no tengo nada que ver con Ernesto, ni él en su vida me ha dicho esta boca es mia. Como siempre que entra en casa se lo llevan ustedes al ensayo, y el pobre no tiene tiempo mas que para pensar en sus papeles, y no se le da ocasion ni... ¡Malditas sean las comedias y quien las inventó!

JUL. Calla, y no blasfemes.

ANT. Pues digo bien: yo no soy artista ni quiero quedarme como tú para vestir imágenes. Ese muchacho no me parece mal, y yo sé que á él le parezco bien: cuando me saluda, me aprieta la mano; cuando cree que no lo miro, me mira; y cuando le miro... así... un poco cara á cara, lanza unos suspiros capaces de ablandar á las piedras. Veinte veces me ha dicho: «Ay, Antoñita!»—«Qué,

don Ernesto?»—«Si viera usted qué bonita es usted.»—«No sea usted malo.»—«Tengo que decirle á usted una cosa.»—«Pues dígala usted.»—Pero siempre cuando va á decir esa cosa—que ya se figurarán ustedes lo que será—vienen Julieta ó mamá y se lo llevan al ensayo, dejándome con un palmo de narices. Les digo á ustedes que es un trabajo el tener teatro en casa.

JUL. Pues, hija, no hay mas que resignarse. Esa pieza es ya tan indispensable como el comedor ó la cocina en una casa regular.

ANT. Por eso hemos convertido en teatro el comedor de la nuestra, tan grande y con tan buena luz, y tenemos que comer en la alcoba de mamá.

JUL. Calla, calla, almacen de prosa, que no puedo sufrirte.

ENG. No, mira; ahora no deja de tener razon. Eso de no dejar ocasion al pobre chico, y quitar la proporcion á la pobre chica... Nada, nada, lo esencial es pescar el marido.

JUL. ¡Vaya un marido!

ANT. Mejor que Adolfo.

JUL. Hijo de un almacenista de azúcar.

ANT. Confitero es papá.

ENG. Lo fué. (Con mucha rapidez.)

JUL. Lo fué. Ahora es artista. (Con dolor lo primero, lo segundo con entusiasmo.)

IGN. Chist! que vienen ahí Adolfo y Ernesto.

ESCENA IV.

DICHOS, ADOLFO, ERNESTO, por la izquierda.

ADOLFO. Á los pies de ustedes. Beso á usted la mano, señor don Ignacio.

IGN. Hola, pollo. (Levantándose.)

ADOLFO. (Pollo! Me carga este confitero!)

ENG. Bien venidos, señores. Asiéntensen ustedes.

JUL. Aquí hay silla. (Á Adolfo, señalandole la de su izquierda en que ha estado sentado D. Ignacio.)

ANT. Y aquí. (Á Ernesto, señalándole la de su izquierda.)

ERN. ¡Ay! (Sentándose.)

ANT. (¡Ya empiezan los suspiros!) ¿Se ha hecho usted daño?

ERN. No. Es que como vengo cansado...

IGN. Tempranito vienen ustedes hoy á paseo. (Sentándose junto á su mujer.)

ADOLFO. ¿Qué quiere usted? Esta vida de Madrid es lo mas aburrida! Desde que no hay discusiones en el Ateneo... Como aquí no se tiene idea del arte!...

JUL. ¡Es verdad! (Suspirando.)

ADOLFO. ¡Este pais!... Aquí no hay atmósfera... falta aire literario que respirar.

ERN. ¡Ay!

ANT. ¿Le falta á usted tambien aire, don Ernesto?

ERN. No, no.

ENG. ¿Y qué se dice por ahí, Adolfito?

ADOLFO. ¿Qué quiere usted que se diga? Se habla de política... y de crisis metálica...

IGN. Pues el comercio...

JUL. (¡Ya va á salir la confiteria!) ¿Y qué nos importa el comercio? (Rápidamente.)

IGN. ¡Hija!

JUL. Nada, papá; déjate de cosas vulgares, y gire la conversacion por mas altas esferas.—Ha estado usted en el concierto-Barbieri?

ADOLFO. ¡Cómo habia yo de faltar! Aunque allí solo tocan profesores españoles,—que por mejores que sean, no pasarán de profesores españoles,—la música clásica para un oido bien educado!...

JUL. Oh! sí, la música clásica!

IGN. y ENG. } Oh!... Oh!...

ADOLFO. Mozart, Hadyn, Beethoven! Delicioso! delicioso! Oh! La música alemana!... (Siguen haciendo aspavientos.)

ANT. Y usted, ha estado?

ERN. No, señora. Yo no entiendo el aleman.

ADOLFO. Hoy han tocado bastante *pasablemente* la sinfonia sel-

vática, obra veinte y tres mil cuatrocientos cincuenta y uno.

ANT. Kilómetro ciento trece. (Rápidamente.)

JUL. ¡Vaya una gracia!

ENG. ¿Y de Teatro Real?

ADOLFO. Bien! Es el único á que se puede ir... porque lo que son los españoles!... Ya ve usted, sin un actor, sin una comedia que pueda resistir á las reglas de la verdadera crítica filosófica y trascedental!...

ENG. ¡Ves qué modo de hablar! Aprende, aprende.

IGN. Ya, ya iré entrando en los trotes. Ya verás! Ya verás!

JUL. Tiene usted razon, Adolfo. En el Real siquiera hay buenos artistas. Pero... esa música italiana es tan frívola, tan insustancial, tan melódica, tan poco profunda, y luego dan tanto Verdi!...

ANT. (Verde deberian darte á tí.) (Rápido.)

ERN. Pues sin embargo, si mal no recuerdo, un gran maestro ha dicho que en las obras de Verdi habia mucho bueno y mucho nuevo.

JUL. Sí; pero el mismo maestro añadia que lo bueno no era nuevo, y lo nuevo no era bueno.

ERN. Rossini tiene un talento para decir las cosas...

ADOLFO. Rossini, señores, no tiene talento mas que para guisar macarrones. Buenos palos le doy en mi periódico, y á fé á fé que le han de doler.

JUL. Bravo! bravo! la emprende usted en *El Clavel* con Rossini.

ADOLFO. ¡Y con el lucero del alba voy á emprenderla! Ya es tiempo de derribar los falsos ídolos, y de que el mundo aprenda que Cervantes no sabia gramática, y que Calderon no hizo nunca una décima que valiera la pena.

ANT. Pero me ocurre una cosa. ¿Cómo va á aprender el mundo lo que diga *El Clavel*, si ayer me dijo usted mismo que no tenia mas que veinte y cinco suscritores?

IGN. ¿Veinte y cinco suscritores no mas?

ADOLFO. Sí; mi tia Manuela, mi mamá, mis primos los de Cór-

doba, ustedes, este y algunos otros amigos. Pero hasta ahora no van mas que cinco números, y siguiendo una buena regla de proporcion, cuando hayan salido mil, podré contar con unos cinco mil suscritores.

JUL. ¡No falla la cuenta! con cinco que caigan á cada número que salga...

ADOLFO. ¡Y caerán, señorita, caerán!

ENG. Nunca Ignacio y yo pagaremos á usted los elogios que hace en su papel de nuestros salones.

ANT. (Del comedor!)

ENG. Y de las soirés *dragmáticas* que damos á nuestros numerosos amigos en aquella pobre choza.

ADOLFO. Eso no vale nada.

ENG. ¡Vaya si vale! Y lo que dice usted del talento *astírtico* de Julieta, y de sus ojos de fuego, y de sus *ebúrreos* brazos.

JUL. ¡Ebúrneos, mamá!

ENG. Ello es una cosa así lo que dice.

ADOLFO. ¡El génio de esta señorita!...

ENG. No crea usted que lo tiene tan malo. Un poco rabiosilla es, pero se le pasa pronto.

JUL. ¡Calla, calla, mamá, que no sabes lo que te dices!

ENG. Bien que lo sé: yo soy agradecida, y lo que dice *El Clavel* de tu papá me ha llegado al alma.

IGN. Hombre, sí; aquello de que yo soy el mejor barba de España, me parece que...

ADOLFO. Nada, nada, justicia, justicia seca. Usted para los barbas, sobre todo cuando salen de bata...

IGN. Sí; con la bata estoy mas á mis anchas.

ADOLFO. Y para los papeles venerables tiene usted un *sic*!... una entonacion tan enérgica, y tan dulce!...

IGN. Dulce, sí: ya ve usted como yo soy...

JUL. ¡Papá!... (Rapidísimo.)

ADOLFO. Usted ha nacido para el teatro. ¡Si el empresario del de la Zarzuela le hubiera conocido á usted, de seguro que le contrata ahora que refuerza su compañia para representar la obra póstuma de Ventura de la Vega.

ANT. ¿Una obra de don Ventura de la Vega, y decia usted que no ocurria nada de notable?

ADOLFO. Es que supongo que será un *Hombre de mundo* ú otro juguetillo por el estilo. Aquí, desengáñense ustedes, nunca tendremos un Schiller ni un Goette. Oh! los alemanes! Bien dice Hegel: «El espíritu, el espíritu!»

EUG. ¡Aprende, aprende!

IGN. Ya, ya verás! ya verás!

ADOLFO. JUL. } El espíritu!! (Estrechándose las manos con vehemencia.)

IGN. Me gusta este pollo por el desparpajo que tiene.

ADOLFO. (¡Dale con llamarme pollo! ¡Me apesta este confitero!)

JUL. Conque decia usted que la obra de Ventura de la Vega...

ADOLFO. Les diré á ustedes... (Hablan por lo bajo.)

ERN. ¡Ay Antoñita!

ANT. ¿Qué, don Ernesto?

ERN. ¡Si viera usted qué bonita es usted!

ANT. ¡No sea usted malo! (Haciendo que se ruboriza.)

ERN. Tengo que decirle á usted una cosa.

ANT. Pues dígala usted. (¡Ah, por fin!...)

ERN. Pues, Antoñita!...)

JUL. Ernesto, Ernesto! (Llamándole.)

ERN. ¿Qué? (Yendo á donde está Julieta por detrás de las sillas.)

JULIA. Oiga usted. Cinco galanes jóvenes tiene el drama nuevo.

ANT. (¡Maldita seas tú y tus comedias!)

JUL. ¿Y dice usted que van á representar un drama que no está concluido? (Á D. Adolfo.)

ENG. Es decir, que no sabrá una quién se casa con quién? Pues eso no me gusta.

ADOLFO. Yo no tengo detalles: me ocupo tan poco de estas pequeñeces de dentro de casa!... Pero hácia aquí vienen dos actores del teatro de la Zarzuela. Ellos podrán satisfacer la curiosidad de ustedes mejor que yo, que solo me ocupo de literatura extranjera.

ESCENA V.

DICHOS, D. FRANCISCO, D. EMILIO, por la derecha, PEPE luego.

IGN. ¡Hola, amigo don Francisco? (Yendo á su encuentro.)

FRANC. ¡Señor don Ignacio! ¡Cuánto tiempo sin ver á usted! Yo le hacia fuera de Madrid

IGN. No me he movido de casa ni un dia.

FRANC. Como ya no se le ve á usted por los teatros; y era usted tan aficionado! ..

ENG. Consiste, caballero, en que se ha aficionado mas y mas; y para ir al teatro no tiene necesidad de salir de casa,

FRANC. Lo celebro ¿Es su señora de usted?

ENG. Para servir á usted y á Dios. Primera dama de carácter, caballero. (Adolfo se ha levantado y se coloca de pie detrás de Julieta.)

EMILIO. Sí, es usted el tipo.

ENG. (Qué quiere decir tipo?

IGN. No sé; pero debe ser cosa de imprenta.)

ENG. Usted me favorece demasiado.

IGN. Estas son mis hijas.

FRANC. ¿Señoritas? (Pasando á darles la mano.)

JUL. ¿Caballero? (Qué traza tan vulgar.) (Á Adolfo, que se apoya en el respaldo de la silla en que está Julieta.)

EMILIO. ¿Y estos caballeritos son sus hijos?

ERN. ¡Ay!

IGN. No, señor. Son los galanes de la compañia.

FRANC. ¡Ah!

EMILIO. ¡Oh! (Que ha ido á colocarse de pie detrás de la silla en que está Antoñita. D. Francisco se sienta en la silla que ocupaba Adolfo, invitado por Julieta, viniendo á quedar en el centro.)

JUL. (Le miran á usted de un modo...

ADOLFO. ¡Envidia, envidia artística!) (Pepe, que ha salido momentos antes, se coloca junto á D. Ignacio y alarga la mano, pero D. Ignacio no lo ve. Antoñita lo nota y le hace señas á su padre, Ernesto se percibe de este juego y llama á Pepe y le paga. An-

tcñita ruborizada le reprende por lo bajo. Todo sin interrumpir la escena.)

IGN. Pues los he detenido á ustedes porque mi amigo el jóven crítico filosófico don Adolfo Gonzalez, á quien tengo el honor de presentarles...

FRANC. ¡Oh! (Saludando.)

EMILIO. ¡Ah! Este caballero es crítico? Prematuro ingenio el suyo!

ADOLFO. (Si habrán leido las palizas que les doy en *El Clavel*!) Caballero?...

EMILIO. Pero ahora que caigo! ¡Yo le he visto á usted en alguna parte!

ADOLFO. En ninguna, caballero.

EMILIO. Sí: en los ensayos. Usted es el autor de una pieza que estrené yo el año pasado.

ADOLFO. No señor, el autor era un amigo mio, y yo iba á ensayarla...

EMILIO. Por cierto que tuvo un éxito...

ADOLFO. ¡Pasaderillo!

EMILIO. ¡Sí, pasaderillo no mas! (Las gritas se oian en Chamberí.)

PEPE. (Éxito de crítico.) (Á Ernesto, que le paga en este momento.)

FRANC. Y ahora es usted revistero? (Deja Fray Gerundio los libros, y se mete á predicador.) (Á Emilio, que sigue de pie detrás de él.)

PEPE. (Este siempre es el pagano. Como que está enamorado.) (Para sí, al recibir el dinero de Ernesto.)

IGN. Pues decia que este amigo nos hablaba de una obrita que van ustedes á representar en su teatro.

FRANC. ¿Una obrita?

ENG. Sí: un *dragma* de Ventura de la Vega. Y mis hijas tenian curiosidad de saber...

FRANC. Pues nosotros les diremos cuanto hay en esto; y si antes no lo he dicho, ha sido porque no me parecia que eso de obrita podia aludir á una composicion del insigne autor de *El hombre de mundo*, de esa inmortal comedia, tan admirablemente ejecutada por el príncipe de nues-

tros actores don Julian Romea, hoy desgraciadamente alejado de la escena, que está como huérfana con su ausencia.

EMILIO. ¡Déle Dios salud para bien del arte y regocijo de sus amigos!

ANT. ¡Así sea!

FRANC. El caso es el siguiente: en el teatro de la Zarzuela se pensaba conmemorar el aniversario de la muerte del Manco de Lepanto, á cuyo fin ensayábamos *Don Quijote de la Mancha*, comedia del mismo Vega, y *La hija de Cervantes* del ilustre Hartzenbuch. Pero héte aquí, que un escritor, amigo y admirador entusiasta de nuestro don Ventura, recuerda que el malogrado poeta habia consagrado buena parte de su vida á escribir un drama biográfico titulado *Miguel de Cervantes*, y que nada mas propio podria hallarse para ser representado en esta solemnidad literaria, caso de que el estado en que don Ventura dejó su obra, no hiciera imposible que fuera puesta en escena. Comunica el escritor su pensamiento al activo empresario, avístase este con los hijos del ilustre finado, que atentos á cuanto pueda honrar la gloriosa memoria de su padre, revuelven con ansia sus manuscritos, y entre ellos encuentran *Los dos camaradas*, primera parte del *Miguel de Cervantes*, en dos actos concluidos, que por sí solos forman una obra consagrada á pintar una época de la vida del gran ingenio y de nuestro don Juan de Austria; la época de su lozana juventud primera, en que ninguno de los dos podia aun presentir los altos destinos que la Providencia les tenia reservados.

JUL. Es decir que la comedia no está terminada. (Con desden.)

EMILIO. No, por desgracia!

ADOLFO. Entonces no debe ser representada.

FRANC. Eso se creyó en un principio. Pero tomando consejo de personas competentes, entre ellas de un ilustre anciano que es honra y prez de las letras españolas, creyóse que no era justo privar al público de admirar una joya de tanto precio, por el solo motivo de que el artífice

que la hizo dejara de engarzar en ella algunos diamantes mas.

JUL. Bien; pero sin desenlace, qué interés quiere usted que inspire?

FRANC. El que inspira siempre una buena galeria de retratos, —y en la obra en cuestion puedo asegurar á ustedes, sin temor de equivocarme, que los hay de mano maestra;— el que siempre tendrá para oidos españoles la armonia de diálogos escritos en fácil, castiza y cervantesca prosa; y por último, el que le presta el ser la obra póstuma de uno de los mejores poetas contemporáneos, destinada á pintar las mocedades del mas grande que han producido los siglos. ¿No ven ustedes con gran placer todos los dias cuadros en que se representa una escena histórica, sin embargo de que el cuadro no da razon de cómo concluyeron su vida los personajes en él pintados? Y además, ¿quién ignora en España las biografias de Cervantes, de don Juan de Austria y de Felipe Segundo. ¿Quién no tiene noticia de la estancia en Roma de nuestro gran Miguel, de sus gloriosos hechos en Lepanto, de su cautiverio en Argel, de su miserable y desgraciada vida de empleado y poeta, y de su muerte en la calle que lleva su nombre, y en la casa cuya portada ostenta orgullosa su noble busto? Por fortuna los españoles somos aun demasiado amantes de las glorias nacionales para haber olvidado nada de lo que tiene relacion con el autor de *El Quijote*.

EMILIO. Y añada usted que segun los apuntes que para su drama tenia escritos Ventura de la Vega, la parte primera terminaba donde termina: de allí llevaba la accion á Lepanto: de allí á Mesina y Argel, para venir á terminarla en Valladolid y en la casa de la calle de Francos de Madrid. Cambiando así el fondo de sus cuadros, por necesidad cambiaba tambien de figuras; y aun cuando el drama estuviese concluido, en balde esperarian los espectadores ver salir en el resto de él á la mayor parte de los personajes que intervienen en los actos que va-

mos á representar.

FRANC. No es la falta de desenlace de la obra lo que á mí me apura, sino el pensar si mis compañeros y yo sabremos interpretar dignamente el drama póstumo del autor de *El hombre de mundo*, de *La muerte de César*, y de *Don Fernando el de Antequera.*

PEPE. Y de *Jugar con fuego* y de... (Con entusiasmo.)

EMILIO. (¡Calla tú! que eso no viene á cuento.) (Áp. y con rapidez.)

FRANC. Francamente: tengo miedo.

EMILIO. ¡Ande usted, don Francisco, que la fé salva! Nosotros nos hemos entregado en cuerpo y alma al estudio de nuestros papeles: ninguno ha perdonado medio para hacer todo lo que puede y sabe, y el público, siempre benévolo y tolerante, sabrá dispensarnos cualquiera falta que involuntariamente cometamos, en gracia de nuestro deseo de hacerle conocer la última obra de uno de sus poetas mas queridos.

ADOLFO. El público, señores, —y no se hagan ustedes ilusiones,— tiene cosas mas sérias de que ocuparse, y no se cuida, como ustedes creen, de la gloria de los poetas.

IGN. Así es la verdad.
JUL. Ya lo creo!
ENG. No cabe duda.
(Rapidísimo.)

FRANC. Para ustedes no, para mí sí. Y á no abrigar esta consoladora creencia, renegaria del arte, que con tanto orgullo profeso.

ADOLFO. Pues convénzase usted de que el público español...

ENG.
IGN. El público!... (Con soberano desden.)

FRANC. El público español no es usted, ni usted, ni usted tampoco, señora. El público español es por fortuna mas patriota que lo son ustedes.

IGN. ¡Mi patriotismo!... (Indignado ante la idea de que duden de su patriotismo. Se levanta y tras él los demas menos Julieta que permanece sentada. Adolfo contempla á D. Francisco con impertinente atencion calándose los quevedos y dirigiendo miradas de inteligencia de vez en cuando á Julieta que escucha con la sonrisa de la ignorancia jactanciosa. Doña Engracia embobada lo mismo

que D. Ignacio se miran tambien, pero dando á entender que no se explican cómo no habian antes comprendido la verdad de las palabras de D. Francisco. Antoñita y Ernesto escuchan primero con interés, luego con la misma santa indignacion que lo dice don Francisco. Pepe, un poco retirado, escucha con asombro primero: luego con entusiasmo.)

FRANC. Sí, sí! Ya sé que en esta tierra clásica de la independencia no hay uno solo, por fortuna, que no sienta el amor á la patria de la manera que ustedes lo comprenden. Que les digan á ustedes, y á los que como ustedes piensan, que los franceses van á arrebatarnos un solo palmo de nuestro territorio, y ya sé que todos, como buenos españoles, chicos y grandes, hombres y mujeres, ancianos y niños, correrán á la frontera á derramar hasta la última gota de esa sangre generosa que empapó los muros de Zaragoza y Gerona, y fecundó con incesante riego, durante algunos años, nuestras fértiles y risueñas campiñas. Oh! el patriotismo material, el que se cifra en la libre posesion del territorio, siéntese aquí, gracias á Dios, como en parte alguna se ha sentido! Pero que les digan á ustedes que el *Gil Blas* es de Le Sage; que se erija una estátua á Pedro Corneille, como autor de *El Cid*, mientras el que lo escribió muere aquí miserablemente en un hospital; que *La verdad sospechosa* se tenga por francesa; que les pongan en tela de juicio el mérito de Bartolomé Murillo y de don Diego Velazquez; que se niegue la existencia del Cid Campeador, ó que traten de manchar la memoria de la mas grande de las reinas, de Isabel la Católica, y ustedes se encogerán de hombros sin ocurrirles que tratan de robarles un pedazo de la patria moral. La patria, señores, no es solo el territorio; patria es tambien el conjunto de las glorias nacionales; y como Cervantes y Ventura de la Vega son dos glorias de la nacion, ningun buen patriota debe mirar con indiferencia nada de cuanto cuadyugue á honrar y enaltecer su memoria.

ANT. ¡Bien!

ERN. ¡Muy bien!

PEPE. (Pues tiene razon: ¡caramba!)

ADOLFO. Vamos, señor don Francisco; no nos haga usted mas el don Pedro de *El Café*, que ya estamos canos de oírselo.

FRANC. No me sulfuráran ustedes, y abstuviérame yo de dar representaciones al aire libre. Las glorias de mi pais me son tan queridas, que no puedo oir con calma nada que en mi juicio pueda tender á oscurecerlas.

IGN. Bien dicho, don Francisco; y en prueba de que usted me ha convencido, por esta noche perdonen los convidados á ver la comedia en mi casa, que yo me voy á aplaudir con mi familia á Cervantes y á Ventura de la Vega. (Muy entusiasmado. Pepe, que desde hace un rato está contando cuarto á cuarto el dinero que tiene en el bolsillo del chaleco, al ver que tiene lo bastante para ir al teatro, dice loco de alegria:)

PEPE. Y yo tambien!... y Dios haga, don Emilio, que rabie mucho la gente del oficio. (Señalando á Adolfo.)

ERN. Aquí tengo un palco. (En el teatro le diré á usted eso.) (Rápidamente á Antoñita.)

EMILIO. Pues vamos, que ya es hora de empezar á vestirnos.

IGN. Vamos con estos señores.

ANT. y ERN. Sí, sí.

JUL. Vamos, aunque acaso seremos los únicos espectadores. (Á su pesar y con fingido dolor.)

ADOLFO. ¡Claro está! Entre los teatros particulares y los cafés...

FRANC. No sean ustedes fatalistas. (Volviendo á exaltarse.) Verdad es que los teatros estan poco concurridos á causa de las calamidades públicas y de la escasez de dinero; pero tratándose de una solemnidad como la que esta noche se celebra, no creo que haya circunstancias bastantes á impedir que acuda á Jovellanos una concurrencia numerosa y lucida.—Y si á pesar de esto no acudiese; si por desgracia la aficion al teatro y el amor al arte hubieran muerto para siempre en España; si los esfuer-

zos reunidos de poetas, actores y empresarios no bastan siquiera á galbanizarlo; entonces, con la conciencia tranquila, pero con lágrimas en los ojos, exclamariamos á una, todos los que, aunque pequeños, procuramos honrar la memoria de nuestros grandes hombres: «Todo se ha perdido, menos el honor!»

FIN DEL PROEMIO.

LOS DOS CAMARADAS.

ACTO PRIMERO.

Pradera á las inmediaciones de Alcalá, que se supone estar á la mano izquierda. Á la derecha, la entrada de un bosque. En el fondo el rio Henares, y á su orilla una casa de campo de pobre apariencia.

ESCENA PRIMERA.

Está amaneciendo. Á la entrada del bosque, los OJEADORES, formando cordon, esperan, sentados unos, recostados otros y conversando animadamente entre sí, la señal de comenzar el ojeo. Á alguna distancia de ellos estan PEREIRA y BOLAÑOS.

PER. ¡Silencio, los ojeadores!... Con el murmullo que traeis vais á ahuyentar la caza.

BOL. ¿Qué hora será?

PER. Las tres y media acaban de dar en el reloj de Alcalá.

BOL. Pues ya pronto estará el Rey en el puesto. Para las cuatro dió la órden; y cuando él señala una hora...

PER. ¿Y en qué puesto se coloca el Rey?

BOL. En el del centro, con el secretario Antonio Perez. En el de la derecha el montero mayor nuestro jefe, con el príncipe de Éboli. En el de la izquierda el condestable con el duque de Escalona; y en los últimos el conde de Montigni, con los embajadores de Francia y de Ingalaterra, y ese señor Aquaviva, que vino de Roma poco há, enviado por el Papa.

PER. ¿En el último puesto? Bien hecho: se conoce que no le gusta al Rey tenerlos cerca.

BOL. Al inglés, ya lo entiendo; que al cabo es hereje.

PER. Y el francés, francés, que es peor... Con perdon sea dicho de nuestra reina doña Isabel.

BOL. Este buen Pereira en mentándole algo francés...

PER. ¿Qué quereis? he peleado contra ellos mas de cuarenta años, bajo las banderas del emperador... y estoy acostumbrado á mirarlos como mis mayores enemigos... despues de los turcos.

BOL. ¡Qué lástima de reinos! Dejarlos inficionarse así por el demonio, teniendo el remedio de establecer el Santo Oficio, que en cuatro dias limpiaria aque llo de herejes, como con la mano! Y si no, que se miren en el espejo de nuestra España, donde no ha quedado uno para un remedio.

PER. Verdad es. Y lo mismo hubiera sucedido en Ingalaterra, á no haber muerto la reina Maria, que se casó con nuestro Rey. Yo servia entonces en el tercio de don Luis Carvajal, que fué escoltando á su alteza á aquel reino. Lo mismo fué llegar y celebrarse los desposorios, que empezó nuestro don Felipe á hacer de las suyas. ¡Qué quemar de herejes, chicos y grandes! El obispo de Lóndres, el arzobispo de Cantorbery... qué sé yo la gente que fué á la hoguera revuelta con las biblias! Y si el príncipe no deja á Ingalaterra, llamado por su padre el emperador, y no muere luego la reina Maria puede que á estas horas se oliera desde aquí la chamusquina.

BOL. Y todo fué trabajo perdido. Con su nueva reina Isabel que los ha vuelto á la herejia, se pasea por allí el demonio como por su casa.

PER. En todas partes cuecen habas. Y tambien en Francia dan que hacer los herejes, que por allí los llaman los *hugonotes.*

BOL. Así es verdad. Pero allí, señor Pereira, no está la cosa tan perdida. Gracias á la reina madre doña Catalina de Médicis, parece que no dejan de quemar alguno que otro.

PER. Pues yo, señor Bolaños, ¿qué quereis que os diga? No estoy por ese nuevo método de agarrarlos así y plantarles esa coroza y todas esas mojigangas de los sacos con los diablillos pintados, y estarse uno muy arrellenado en un balcon, como en fiesta de toros, viendo como los sacan maniatados y los echan á la hoguera.

BOL. Pues no sino dejarlos, y andaremos todos por esos aires caballeros en la escoba, y mas untados que un torrezno.

PER. No digo yo que se les deje, y Dios me libre de semejante pensamiento. Lo que digo es que en tiempo del emperador se hacia la cosa mejor y mas á mi gusto.

BOL. ¿Y cómo se hacia la cosa en tiempo del emperador, señor Pereira?

PER. Arremetiendo con ellos, ¡voto á Crispo! lanza en ristre y espada en mano, puesto que peleaba con ellos el mismo Satanís, y venciéndolos en campo abierto y degollándolos á todos, que se iban desde allí á los infiernos dando el bufido que levantaba polvo!

BOL. Eso se quiere hacer ahora con los moriscos de las Alpujarras que se han rebelado. Sobre ellos ha ido el marqués de Mondejar desde Granada, y el de los Velez desde Murcia, que ha entrado á sangre y fuego por aquellas sierras. Aunque dicen que los moriscos pelean como desesperados y que ninguno de los dos marqueses ha adelantado un paso.

PER. No adelantan, ¿eh?—Cada cosa en su tiempo.—El em-

perador sabia vencerlos, y el rey don Felipe sabe quemarlos.

BOL. Eso es lo mas seguro; y con ese fin ha enviado allá el Santo Oficio un comisario para que se haga la cosa en toda regla.

PER. Tambien á Flandes ha despachado otro comisario; puesto que allí está el duque de Alba, y ese no ha menester de autos de fé para acabar con los herejes hasta la quinta generacion.

BOL. ¡Dios los aleje de nosotros!

PER. Amen. Empezando por esos embajadores, que en Dios y en mi ánima que no han de haber venido aquí para nada bueno.

BOL. Y que no dejan al Rey ni á sol ni á sombra. Si Dios quisiera, señor Pereira, depararles en la batida de hoy un jabalí buen cristiano que diese cuenta de ellos.

PER. ¿Jabalí ¡en los bosques de Alcalá, hermano Bolaños? Si fuera en los del Pardo... Ademas que va con ellos el enviado del Papa, y podria el jabalí no distinguir de colores.

BOL. Y seria lástima; que el tal enviado es un mozo muy apuesto y muy cabal.

PER. Cuando el Papa Pio V. se vale de él, teniendo poco mas de veinte años de edad, á buen seguro que es persona de letras.—Pero sabeis, Bolaños, que tarda mucho el Rey, y que si se echa encima la mañana nos vamos á freir?

BOL. Como que tiene traza de ser este uno de los dias mas calurosos de julio. Mirad qué color tan rojizo saca el sol. Y hácia acá se dirige un caballero á todo galope.

PER. Será ya gente de Alcalá, que nos habrá olido.

BOL. No; que Alcalá está allí: mas bien parece que viene por el camino de Madrid.

PER. Sea quien fuere, tendrá que dar buen rodeo; que por aquí tenemos órden de que nadie pase.

BOL. Pues adelantémonos, antes que se nos eche encima. ¡Hola! eh! alto!

PER. ¡Eh! hidalgo!... ¿estais sordo? Alto os decimos.

ESCENA II.

DICHOS, D. GASPAR, que viene á caballo por la izquierda cubierto de polvo. Viste traje de camino, con capa negra y en ella la cruz de la Inquisicion.

GASPAR. ¿Quiénes sois vosotros para detenerme? (Dentro.)

PER. Monteros del Rey, que está cazando en estos bosques. Por aquí no podeis pasar.

GASPAR. Justamente por eso pasaré; que al Rey vengo buscando, que no le he hallado en Madrid.

PER. Pues si al Rey quereis ver, aguardad por estas alamedas donde vendrá despues de la batida.

GASPAR. No aguardaré tal, sino que pasaré mal que os pese; y y abridme luego paso, sin mas replicar. (Saliendo.)

PER. ¿Y quién sois vos, hidalgo, que así mandais á los monteros del Rey?

GASPAR. Don Gaspar de Ezpeleta me llamo. Y mirad bien que soy familiar y comisario en Flandes del Santo Oficio. (Mostrándoles la cruz.)

BOL. ¡Pasad, caballero! (Descubriéndose. D. Gaspar pica el caballo y se mete por el bosque.)

PER. Señor Bolaños, esto es faltar á la consigna.

ESCENA III.

DICHOS, menos D. GASPAR.

¿Tendremos reprimenda del montero mayor?

BOL. Al Santo Oficio no hay cristiano que le cierre el paso. ¿No veis cuando va á palacio el cardenal Espinosa, Inquisidor general, cómo se le abren todas las puertas hasta la misma cámara, sea la hora que fuere y sin pasar recado al Rey?

PER. Mucho que sí.

BOL. ¡Oiga! pues este por las señas es el comisario del Santo Oficio que marchó á Flandes, segun me dijisteis antes.

—¡Hola! dos mozos vienen hácia aquí que parece que han salido de Alcalá.

PER. Y con sus escopetas y avios de cazar: gran chasco van á llevarse.

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUAN y MIGUEL.

JUAN. ¿Qué gente será esa que guarda la entrada del bosque?

MIGUEL. No lo adivino. Pero sea quien fuere, entrémonos por la espesura y comencemos nuestra caceria.

PER. ¡Eh! ¡hidalgos! ¡alto!

MIGUEL. ¿Qué es alto? Somos estudiantes de la Universidad de Alcalá, que venimos todas las madrugadas á cazar á ese bosque, en tanto que la campana no nos llama al áula.

BOL. Pues por hoy, hermanos estudiantes, habrán de tener paciencia. Y aléjense de aquí con esas escopetas, no se vaya alguna del seguro y nos espanten las reses.

MIGUEL. Hablára yo con menos altaneria si fuera que vos; que tan vuestro como mio es el bosque; y vive Dios que hemos de entrar en él y cazar cuanto fuere nuestra voluntad.

PER. Vuélvanse atrás les digo, y tengamos la fiesta en paz.

MIGUEL. Eso lo veremos. (Queriendo forzar el paso.)

JUAN. ¡Conteneos, Miguel. De cuando acá, señores, se prohibe cazar en ese bosque!

PER. Ea, que ya me van cansando. Desde que el Rey viene á cazar en él.

JUAN. ¡El Rey! ¿El Rey ha venido á Alcalá?

MIGUEL. Dijéraislo desde el principio.

JUAN. Perdonad; que como apenas apuntan los primeros rayos del sol, no habia reparado en vuestro traje, que es el que llevan los monteros de palacio. Y aun me parece que vos...

PER. Acercaos, si os place; que por la voz y el talle...

JUAN. ¡Pereira!...

PER. ¡Don Juan! ¡Don Juan es, voto al diablo! que aunque há diez años que no os veo, y habeis crecido que es un portento, el semblante y el continente vuestro no se me despintan.

JUAN. En el monasterio de Yuste os ví la última vez, el dia de la muerte del emperador.

PER. ¡Dios le tenga en la gloria! ¡Gran pérdida fué aquella para los dos! ¡Allí estábais vos de paje del señor Luis Quijada, que os crió; y lo que es el emperador, vaya si os queria! ¡como á las niñas de sus ojos!... ¡Bien me acuerdo! Todas las mañanas al volver de maitines, ya se sabia:—«Pereira: á Luis Quijada que me traiga á don Juan.»—¡Ay! ¡otro gallo nos cantaria!

JUAN. ¡Cierto, Pereira, cierto!

PER. Yo, despues que murió, pasé á servir de montero al rey don Felipe su hijo. La caza se asemeja á la guerra, y á mí en ella me han nacido los dientes. Pero me pudre, voto á sanes, que S. M. es poco aficionado á las batidas, y apenas se dispone una cada año. En vida de su padre las teniamos sin cesar, y no contra los ciervos, sino contra los franceses y los turcos! Aquello se acabó; y aquí me veis envejeciendo entre los alcones y los perros, que se me mueren de abitos y de no trabajar.—De vos ya sé por el señor Quijada que estais en Alcalá dedicado á las letras.

JUAN. ¡Sí, Pereira: á la iglesia me destinan! (Con amargura.)

PER. Bueno es eso. Iglesia ó mar ó casa real, dice el refran. Si os llama Dios á lo primero...

JUAN. No me llama, Pereira, no me llama. Cedo á la voluntad de Luis Quijada, á quien debo obediencia; que no conozco otro padre.

PER. ¡Pues es lástima! Ya decia yo. Por las señas de esos arreos y de la compañia de ese mozo, vuestro camarada, que no me ha parecido muy sufrido, mas parece que os inclinais al mosquete que á los libros.

MIGUEL. Y viven los cielos donde mas altos estan, don Juan amigo, que llevándoos como os lleva vuestro natural

instinto al noble ejercicio de las armas, que debiérais seguirlas y buscar en ellas el nombre que os falta, y hacerlo famoso, puesto que quisiera estorbarlo Luis Quijada y todos los Quijadas de la tierra. Don Juan á secas os llamais. Nunca Quijada supo ó quiso deciros quien fué vuestro padre, si bien del *Don* con que os llama se colige que debió de ser persona de calidad. Mostrad pues al mundo que el valor que se encierra en vuestro pecho se basta á sí propio, sin que haya menester la ayuda de nobles ascendientes; y haced por medio de las armas, que el nombre de don Juan resuene con gloria por toda la redondez de la tierra!

PER. ¡Razon tiene el mal sufrido!

BOL. ¡Y cómo si la tiene! Y que no parece sino que ha leido, como he leido yo, que casi las sé de memoria, las historias de Amadis de Gaula, y de don Cirongilio de Tracia y de Felix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran nabos.

PER. Tambien yo en mis mocedades leí esas historias, hermano Bolaños, y con su lectura se me calentaron los cascos, y dejé mi casa, y senté plaza en los tercios del emperador Cárlos Quinto. Y ese sí fué un caballero con el cual son niños de teta don Cirongilio y todos los caballeros juntos que nos cuentan las historias. Que este tiene para mí de superior á aquellos el haberle yo visto con mis ojos, como le ví, señores; que con solo presentarse y decir aquí estoy yo, hizo poner pies en polvorosa al gran turco Soliman, que con un ejército de mas de trescientos mil hombres, se nos habia metido por Hungria, y no paró de correr hasta encerrarse dentro de los muros de Constantinopla. ¿Pues y la expedicion que hicimos sobre Tunez, tres años despues?

JUAN. Gloriosa fué; que en ella dió el emperador la libertad á mas de veinte mil cristianos cautivos.

PER. Y no digo nada, al año siguiente, en Roma, cuando delante del mismo Papa y de los cardenales, retó á sin-

gular combate al rey Francisco de Francia, que le habia hecho no sé qué morisquetas.

MIGUEL. ¡Envidia me da oiros! ¡Y de buena gana cambiara mis pocos años con los muchos vuestros, señor Pereira, ó como os llameis, á trueque de haber presenciado tales hechos!

JUAN. Y nada aumenta ni exagera; que así me lo ha relatado Luis Quijada muchas veces.

PER. Pues no sé yo deciros si era mas hombre todavia cuando la pícara fortuna se le volvia de espaldas. Viéraisle en la jornada desastrosa de Argel! Allí se nos va á pique la escuadra por las tempestades, allí se nos llena de agua el campamento, que nos hundíamos en el fango hasta la rodilla, y no hay mas remedio que emprender la retirada al Cabo de Metafuz, acosados dia y noche por los moros. Pero allí habiais de ver al emperador, estenuado del hambre y la fatiga, alimentándose como nosotros de raices silvestres y de la carne de los caballos que mandó matar; ¡y qué alientos los suyos!... ¡qué despreciar el riesgo!... ¡qué andar de aquí para allí animando á los caidos, socorriendo á los enfermos y heridos, y á todos infundiendo ánimo con las palabras y el ejemplo! (Óyese sonar distante la corneta de caza.) ¡Ya suena el clarin!... ¡á ellos!... ¡cierra España!...

BOL. ¡Al ojeo, señor Pereira! (Los Ojeadores se ponen en pie gritando: ¡Al ojeo!)

PER. ¡Voto al diablo! ¡que pensaba escuchar la señal de acometer á los moros ó á los franceses! ¡Á caballo, Bolaños!... ¡que no me ha de quedar un ciervo á vida! ¡Mocitos, á mas ver! ¡Al bosque, muchachos!

BOL. y OJEADS. ¡Al bosque!

PER. ¡Esa distancia de hombre á hombre!... ¡Á ver cómo se guarda la línea!... ¡Adelante!... ¡ahí va el ciervo!

BOL. y OJEADS. ¡Ahí va el ciervo!... (Los Ojeadores, formando ala con algun claro de hombre á hombre, penetran por el bosque gritando: ¡*ahí va*! ¡*ahí va*! Pereira y Bolaños los siguen dirigiendo el ojeo. La griteria va apagándose á medida que se internan en la espesura.

ESCENA V.

D. JUAN, MIGUEL.

MIGUEL. Por Dios, don Juan amigo, que todo lo que el buen Pereira nos ha relatado, junto con esos clamores belicosos y con el son de ese clarin, son cosas que me estan haciendo saltar el corazon en el pecho! ¡En ruines tiempos nos ha tocado nacer!...

JUAN. Aun vive, Miguel amigo, aquel heróico espíritu en varones de alta nombradia, que guerrean en Europa contra los infieles. Ved al gran don Álvaro Bazan, ilustre marqués de Santa Cruz, y á Andrea Doria y á Marco Antonio Colonna, combatiendo á los berberiscos y ganando el Peñon de la Gomera. Ved á Juan de la Vallette, gran maestre de Malta, triunfando de la armada de Mustafá; que os aseguro, Miguel, que aunque me veis aquí, cursando tranquilamente las letras en Alcalá, no es aquí donde estan mi corazon ni mi mente, que allá vuelan y allá estan por los mares de Levante siguiendo á aquellos valientes capitanes. Yo nací para las armas, Miguel; y siendo cierto, como antes dijisteis, que ignoro quién fué mi padre y he menester ganarme un nombre por mis hechos, habeis de saber (que en la amistad que nos liga nada os debo ocultar) que dias há que estoy batallando con el designio de abandonar esta vida en que me consumo y partirme secretamente á sentar plaza contra el turco en los tercios de Italia.

MIGUEL. ¡Eso sí, cuerpo de Cristo! ¡grande y generosa determinacion!... Y no tan sola y únicamente vuestra, que no lo haya sido mia; porque habeis de saber, don Juan, que con el mismo designio batallo yo tambien dias há. Vayan afuera los libros, y cedan las letras á las armas, y dadme esa mano, que con vos he de partir, y con vos he de ganar el nombre que tambien he menester.

JUAN. ¿Vos, Miguel? Desacertado andais en eso. Discúlpame

á mí para esta fuga el legítimo deseo de salir de mi ignorada condicion; pero vuestro caso es diverso. Padres y hermanos teneis á quien contristaria vuestra fuga. Hidalgo sois: Cervantes os llamais; preclara y nobilísima estirpe que trae su orígen de antiguos ricos-hombres de Leon y de Castilla. ¿Qué os mueve, pues, á tan violenta resolucion?

MIGUEL. Os lo diré, don Juan; os abriré mi pecho, os confiaré mis proyectos; y fio en vuestro corazon que aplaudireis mis intentos. Hidalgo soy, es verdad; pero hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos consumen las tres partes de mi hacienda. El resto de ella concluyen sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana me honro, como veis, con mi vellorí de lo mas fino. Quieren decir que el sobrenombre de Cervantes que llevo, proviene del famoso Alfonso Munio Cervatos, progenitor de reyes y de reinas. En buen hora sea. Pero lo cierto, don Juan amigo, es que en la hora y punto que os hablo, mi condicion no pasa de hidalgo, ni mi hacienda de los estrechos términos que os he dicho. Con una y otra, no obstante, viviera yo contento y feliz, y las letras á que mi padre me destina cursara de buen grado en pacífica y sosegada vida, si por males de mis pecados, ó por mi buena suerte, no lo dispusiera de otro modo un cierto rapaz vendado que anda invisible por el mundo trastornándolo todo á su antojo.

JUAN. Tiempo há que lo he conocido. Pero de los amigos no ha de querer saberse mas de lo que ellos quisieren decir.

MIGUEL. Perdon os pido de la reserva que nunca con un tal amigo como vos debí de usar; puesto que en amores soy con extremo celoso y desconfiado; que es el honor

de la mujer finísimo cristal que de solo el aliento se empaña. La que así tiene trastornado mi juicio, don Juan amigo, se llama doña Ana de Ezpeleta, rica y principal señora, que de Pamplona, su patria, vino á Madrid á poder de un hermano, el cual, fiado en su valimiento con el rey, y en ser familiar del Santo Oficio, la llamó á su lado con la esperanza de casarla en la córte con las ventajas que á sus grandes riquezas y elevada cuna corresponden. Ocurrió á poco tiempo que don Gaspar de Ezpeleta (que este es el nombre de su hermano) recibió comision del Rey y del Santo Oficio de marchar á Flandes con el duque de Alba y servir allí de brazo á la Inquisicion para que no pudiese el de Alba usar de misericordia con los rebeldes, y todos, sin distincion de gerarquia, pereciesen abrasados en la hoguera.—Comisiones son estas con que hoy se honran los principales caballeros, y hasta los grandes, prendiendo por su propia mano á los reos, en medio del silencio de la noche, y custodiándolos luego hasta echarlos en el sagrado brasero: costumbre que en mi sentir se aviene mal con los generosos instintos que debe abrigar un pecho ilustre; que algo tiene del oficio de corchete y aun de verdugo, que ambos infaman y envilecen; y el celo por la fé debe mostrarse en quien es bien nacido por otras vias mas nobles y elevadas.—Partió, pues, don Gaspar ufano á su negra comision, y para no dejar á su hermana expuesta á los peligros que ofrece el laberinto de la córte, la trajo á Alcalá, donde la encomendó á la guarda y vigilancia de una dueña, Argos inexorable de aquel tesoro. ¿Pensais, don Juan, que pueda encerrarse el sol en parte donde por algun resquicio no se escape uno de sus rayos? ¿Pensais que pueda ocultarse el ámbar en redoma donde por alguno de sus poros no traspire su delicada esencia? Los acentos de una voz celestial, acompañada de los dulcísimos sones de una arpa, detuvieron mis pasos una madrugada que, como de costumbre, pasaba yo por la calle

Real con direccion á esta alameda, donde venia á esperaros para asistir á nuestra ordinaria caceria. La hora, el sitio y la magia del canto despertaron en mí un vivo deseo de saber quién fuese la discreta cantora. Con este intento pasaba todos los dias y á la misma hora por aquel sitio, sin averiguar otra cosa mas, sino que aquella voz iba entrándoseme cada dia mas adentro del alma; hasta que un domingo, que en vano esperé por largo espacio que sonase el arpa, ví que se abrió la puerta y que una dama, tan cubierta y recatada que apenas veian sus ojos mas tierra que aquella donde ponia los pies, salió acompañada de una dueña y se encaminó á la vecina iglesia de Santa Maria la Mayor. Excuso deciros que la seguí, que me hirieron primero el corazon, como otras tantas flechas, los blancos y torneados dedos de una mano que sacó á la pila, y me dejaron luego estático y sin vida las facciones de un rostro que, como el sol entre celajes pardos, asomó á medias entre los pliegues del manto, descubriendo el mayor milagro de hermosura que pudiera fingir humana fantasia. No os haré el relato de cómo mis amorosos rendimientos lograron hablandarla y que me amase; que pudiera entrar en los términos vedados de la propia alabanza, que siempre envilece. Baste deciros que loco de enamorado, sobornada la dueña, ganados los criados, haciendo llegar á sus manos infinitos billetes y trovas con menos letras que ternezas y juramentos, conseguí penetrar victorioso en la fortaleza de su corazon primero, y en la de su aposento despues, una noche de eterna memoria para mí!—Temerosos de que nuestros amores fuesen notados en el pueblo, resolvimos tomar la quinta que allí veis, orillas del Henares, donde todas las mañanas nos vemos y estrechamos á porfia contra el corazon una hija que el cielo ha concedido á nuestro amor.—Aquí teneis mi historia.—Siendo de todo punto imposible verificar nuestra union, sin el consentimiento de su hermano,

que como os he dicho se halla en Flandes, ignorante de todo; y no pudiendo yo aspirar á obtenerlo por la desigualdad de hacienda y gerarquia que media entre las dos familias, he resuelto, don Juan, dejar mi casa, y acudir á donde suena el estrépito de las armas, en busca de aventuras que resuciten las que en los tiempos del emperador Cárlos Quinto dieron eterna fama y nombre á tantos caballeros; y ennoblecido el mio con las hazañas que pienso acabar, y rico con el botin de los vendidos, volver á ofrecerlo todo á los pies de doña Ana, y á obtener su mano; que no será entonces negada á quien con tan gloriosos timbres la demanda.

JUAN. Atento os he escuchado, Miguel, y nada tengo que responderos; sino que aplaudo vuestra noble determinacion. Dadme esos brazos.

MIGUEL. Tomadlos; y jurémonos ser desde este punto hermanos y compañeros de armas y ayudarnos y acorrernos en nuestras cuitas, y partir los peligros y las glorias.

JUAN. ¡Así os lo juro, Miguel!

MIGUEL. Y pues dicen que en la tardanza está el peligro, no dilatemos el poner por obra nuestro pensamiento. Partamos esta noche.

JUAN. Partamos.—Pero mirad: ¿no es Luis Quijada el que viene hácia aquí?

MIGUEL. El mismo es.

JUAN. Sin duda por ir á verme á Alcalá se ha apartado de la comitiva real.

MIGUEL. Plegue á Dios que sea por poco, y que no nos estorbe su presencia nuestro proyecto.

ESCENA VI.

MIGUEL, D. JUAN, QUIJADA. Viene Quijada por la derecha, en traje de caza.

QUIJ. ¡No me he engañado: él es!

JUAN. ¡Bien venido una y mil veces! Largos dias me habeis privado del contento de veros.

QUIJ. Negocios de gravedad me han detenido al lado del Rey.

Y otro no menos grave, y con extremo fausto y placentero, me trae en este momento á Alcalá!

JUAN. ¡No sé qué noto en vos!... ¡hablais alterado!... ¡No os acercais á mí... no dais los brazos, como de costumbre, al que amais como si fuera hijo vuestro!...

QUIJ. ¡Los brazos!...

JUAN. Sí, padre mio! (Lo abraza.)

QUIJ. ¡Don Juan!... ¡Hijo mio!... ¡Nunca con tanto placer... y con tanta pena á la vez, os he llamado así! ¡Hijo mio!... Dejadme que lo repita y que os abrace de nuevo... porque esta será la última vez que os dé este nombre y este abrazo.

JUAN. ¡La última vez!

MIGUEL. (¡Qué querrá decir!)

QUIJ. Don Juan, el Rey está cazando en estos bosques: terminada la batida, vendrá á descansar á estas alamedas: aquí me ha mandado que os traiga: quiere veros: quiere llevaros consigo á la córte. ¡Don Juan!... ¡este es un gran dia para vos! ¡El cielo os colma de felicidades en la nueva condicion que os aguarda!

JUAN. ¿El Rey quiere verme?... ¿llevarme consigo?—¿Es decir que ya no se me destina á la iglesia! ¡Ah! os doy gracias, padre mio! ¡Á vos, á vuestro amor, á vuestro valimiento con el Rey debo esta fortuna!—Y decidme: ¿seré paje suyo?... ¿ó seré quizá capitan en algun tercio de Italia ó de Flandes? ¡Oh! ¡sí: las armas, Quijada, las armas son mi sueño y mi ambicion!

QUIJ. Calmad, don Juan, esa impaciencia. El hombre no debe abatirse en la desgracia, ni envanecerse en la prosperidad. La verdadera dicha está en la moderacion y en la templanza. No olvideis estos consejos que sin cesar os he estado repitiendo desde vuestros años mas tiernos, previendo siempre que habia de llegar este dia. Por eso en mis estados de Villagarcia, donde os he criado, os instruí en todo aquello que á un caballero corresponde. Sabeis regir con poder y gallardia el mas fogoso caballo: la mas pesada lanza es leve caña en

vuestra mano; no puede la vista seguir en su velocidad los tajos y mandobles de vuestra espada: el ejercicio de la caza ha fortalecido vuestro cuerpo, haciéndole superior al hambre, á la fatiga y á la inclemencia de los cielos. Y por lo tocante á las virtudes del ánimo, habeis tenido delante de los ojos el ejemplo mas grande que han visto los pasados y esperan ver los venideros tiempos: el del glorioso emperador Cárlos Quinto, que fué único en el valor, solo en el consejo, extremo en la clemencia, magnífico sin tasa, y finalmente, primero en todo lo que es ser monarca, y sin segundo en todo lo que fué ser caballero!—Con tales dotes de ánimo y de cuerpo, os entrego, don Juan á ese mar borrascoso del mundo y de la córte. Acordaos de que llevais en vos el depósito de la honra y de la fama del viejo Quijada, y haced patentes al orbe las lecciones con que os ha criado... y la sangre que corre por vuestras venas!...

JUAN. ¿Qué sangre corre? ¡Acabad!...

QUIJ. ¡Dame los brazos por la última vez, hijo mio!... (Despues de abrazarlo se arrodilla á sus pies.) Deme vuestra alteza á besar su mano, hijo de mi emperador!

MIGUEL. ¡Hijo del emperador! (Arrodillándose tambien.)

JUAN. ¡Yo! ¡Quijada! ¡vos á mis pies!... ¡Miguel, amigo mio!... ¡alzad!... ¡Oh! alzad.—¡Hijo yo del emperador!

QUIJ. ¿Cómo podeis dudarlo si recordais el afecto, la ternura que os profesó hasta el último instante de su vida?

JUAN. ¿Y mi madre? ¿Quién es mi madre?

QUIJ. Él y Dios lo saben solamente.—Veinte y tres años há que estando en Ratisbona, fuí una noche misteriosamente introducido en el aposento del emperador, que me llamaba su amigo, el cual, poniendo en mis brazos un niño, que acababa de nacer: «es hijo mio,» me dijo: «quiero que todo el mundo lo ignore, críalo tú.»—Aquel niño erais vos.—Solo al morir confió el secreto por medio de una carta al rey don Felipe su hijo.

JUAN. ¡El Rey lo sabia!... ¡Sabia Felipe que era yo su herma-

no y en diez años no me lo ha dicho! ¿Y por su mandato sin duda se me destinaba á la iglesia?

QUIJ. Como vasallo me tocaba obedecer.

JUAN. ¡Es una crueldad inaudita, Quijada!—¿Y qué le obliga hoy á llamarme á su lado?

QUIJ. La mente del rey Felipe es impenetrable, como los arcanos del destino.

JUAN. ¡Diez años sin decírmelo!...

QUIJ. Si en ellos echais de menos la grandeza que desde hoy va á rodearos, no olvideis, señor, que gozásteis el amor del que se llamó vuestro padre.

JUAN. ¡Quijada!... siempre lo sereis para mí.

QUIJ. Venid, señor; y en tanto que dura la batida, honrareis por última vez mi casa de Alcalá, y trocareis esos arreos con los que os tengo allí preparados para que volvamos á que yo os presente al Rey.

ESCENA VII.

QUIJADA, D. JUAN, MIGUEL, ANDRÉS. Andrés viene de Alcalá: viste de labrador.

ANDRES. ¡Loado, sea Dios, que al fin te encuentro! Desde ayer que no te vemos el pelo, hermano Miguel, y tienes con susto y pesadumbre á nuestros padres, y á nuestra hermana Andrea encendiendo candelillas á san Antonio.

MIGUEL. Calla por ahora, hermano Andrés, y no empieces como sueles; que tienes delante gentes de mas alto respeto de lo que imaginas.

ANDRES. Si lo dices por el señor Luis Quijada, que está presente, bien me lo sé yo, y le beso á su merced las manos. Quien te saca de tino, y te tiene sorbidos los sesos, y te lleva de ceca en meca, trasnochando los mas dias y comiendo frio y en pie, y hablando solo, que no parece sino que tienes vacios los aposentos del celebro, yo bien sé quién es...

MIGUEL. ¡Andrés!

ANDRES. Y mal año para mí si no lo digo ahora que puede oirlo el señor Quijada, y poner en ello remedio: es don Juan.

MIGUEL. Voto al cielo, charlatan de todos los diablos, que mires lo que dices; y ponte al punto de hinojos, y bésale la mano á su alteza, que es infante de Castilla, y vámonos de aquí.

ANDRES. ¿Qué infante dices?

MIGUEL. Este que aquí ves.

ANDRES. Á otro perro con ese hueso. Y si estais locos, no querais meterme á mí en la danza de vuestra locura, que no hay aquí tal infante, ni por Alcalá se usan esas cosas; que este es don Juan, que bien le conozco, paje del señor Quijada, el cual no me dejará por embustero.

QUIJ. Lo fué hasta aquí, buen Andrés, en la apariencia no mas. Pero desde hoy recobra su verdadero ser, y es tal infante, como hijo del gran emperador Cárlos Quinto.

ANDRES. En Dios y en mi conciencia, que solo por respeto á vuestras canas, no os digo, señor Quijada...

MIGUEL. ¡No digas nada, por vida de quien soy! y arrodíllate luego, y no seas zafio y agreste. (Le hace besar la mano de D. Juan.)

ANDRES. (¿Qué mogiganga es esta?)

MIGUEL. Y ahora, señor, dadnos vuestra licencia.

JUAN. ¿Dónde os vais, Miguel?

MIGUEL. La mano que os eleva á superior esfera, desata, señor, nuestros antiguos lazos.

JUAN. ¿Qué decís, Miguel? Maldeciré mi nuevo estado, si he de perder por él los dulces goces de la amistad.

MIGUEL. No hay amistad verdadera en desiguales condiciones. Una inmensa distancia nos separa: de hombre que érais, os trocais de repente en divinidad: vais á respirar el incienso de los palacios: vais á contemplar á los hombres prosternados á vuestras plantas: van á adormecerse vuestros sentidos en el sueño de la lisonja. ¿Qué haria yo á vuestro lado? La verdadera amistad me pondria en la obligacion de despertaros de ese sue-

ño: el príncipe entonces no podria soportar la audacia de Miguel, ni Miguel el orgullo del príncipe.

JUAN. Esa es la suerte infeliz de quien ha respirado esa atmósfera desde la cuna. Pero yo, Miguel, ¿pensais que tan flaco y débil llevo el corazon que no pueda respirarla sin emponzoñarme? Y si así lo temeis, Miguel, por eso mismo debeis seguirme allá. ¡Oh! ¡el príncipe es ahora quien necesita humillarse ante vos y pediros esa gracia! Voy á poner el pie en un intrincado laberinto donde mas que nunca he menester guia y apoyo. Al pisar el sombrio palacio de Felipe II, siento miedo en el corazon! ¡Oh! ¡No me abandoneis, amigo mio!

MIGUEL. ¿Y si vos me abandonais á mí?

JUAN. ¿Quién será entonces el que pierda mas de los dos? No, Miguel. Imaginaos que ambos vamos á representar una farsa de Lope de Rueda: que vos salís al tablado cubierto de harapos y yo vestido de púrpura; que hacemos nuestros papeles con ridícula gravedad, á fin de que no se rompa la ilusion del público insensato; pero que en los intermedios de la farsa nos conocemos, nos apretamos la mano, y somos iguales.

MIGUEL. ¡Hermoso, señor, es ese sueño! ¿Pero y si los aplausos unánimes y repetidos de ese público insensato, acaban por haceros creer que sois en realidad el personaje que estais representando?

JUAN. ¡Oh! entonces, si observais que mi cabeza empieza á desvanecerse, si notais que la molicie embarga mis sentidos, si veis que no dejo la ociosa vida del palacio por correr con vos, no ya á conquistarme un nombre con las armas, sino á ilustrar el que tengo, juradme entonces vos, guardian inexorable de mi virtud, que me recordareis al oido con terribles voces la obligacion que me impone ese nombre y los gloriosos hechos de mi padre. ¿Me lo jurais, Miguel? (Dándole la mano.)

MIGUEL. ¡Os lo juro!

JUAN. Y el infante de Castilla os renueva tambien el juramento que don Juan os hizo aquí mismo de ser eternamen-

te vuestro amigo, vuestro compañero de armas, y de ayudaros y acorreros en todas vuestras cuitas. ¿Lo aceptais, Miguel?

MIGUEL. Lo acepto.

JUAN. ¡Oh! ¡amigo mio!... (Abrazando á Miguel.) ¡El valor ha vuelto á mi corazon!—Venid, y unidos por la santa amistad y defendidos con su escudo, atravesemos sin miedo los palacios de los reyes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, ANDRÉS. Saliendo por la izquierda.

MIGUEL. Ven aquí conmigo, incrédulo, y en vez de ir á alborotar á nuestros padres con tus sandeces, quédate en esta alameda y verás con tus propios ojos si es cierto lo que te digo, y si se confirma lo que acabas de oir.

ANDRES. Ahora te digo yo, Miguel, que razon tiene nuestra hermana Andrea, que dice que de pasar las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio, y del poco dormir y del mucho leer, se te ha secado el celebro y has venido á perder el juicio. ¡Tá, tá! ¿Con infantes y emperadores te me vienes, hermano Miguel? Que mala langosta nos caiga si no pienso yo tambien que estoy metido en la farsa de Lope de Rueda que te decia antes don Juan, y que tambien hago yo papel en ella.

MIGUEL. No hay en esto farsa, Andrés, ni yo estoy sino en mi cabal juicio, que vive Dios, que don Juan es hijo natural del difunto emperador, y el Rey don Felipe viene á

buscarlo y á llevárselo á la córte, donde yo he de acompañarlo y he de llegar á ser, con su ayuda, lo que Dios fuere servido.

ANDRES. ¡Pecador de mí! Mira, por Dios, lo que haces, y quédate en tu casa, y atiende, como yo hago, á la labranza de nuestros campos y al cuidado de nuestra hacienda, que, como dijo el otro, «el ojo del amo engorda al caballo,» y «hacienda, tu dueño te vea;» y déjate de córte y de reyes, y de todos esos sueños que se te han metido en la cabeza, que tú no eres infante ni emperador, sino el honrado hidalgo Miguel de Cervantes.

MIGUEL. ¡Yo sé lo que soy, Andrés! y sé, viven los cielos, que puedo ser, no solo lo que has dicho, sino todos los doce pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias! (Suena en el bosque la corneta de caza.) Y no me prediques mas, sino quédate aquí como te he dicho, que ya oigo la corneta de caza y aquí volveré en tu busca. (Miguel toma la escopeta, se dirige al foro y entra en la quinta.)

ESCENA II.

ANDRÉS, solo.

¡Á la quinta se va derecho! ¡Válame Dios por hermano! En mala hora conoció á esa dama de noble alcurnia, y á esos infantes y caballeros que le han levantado de cascos, y sacado del sosiego de su casa! (Suena la corneta mas cerca.) ¡Conque el Rey anda por estos bosques!... Ese rumor que se oye será quizá el anuncio de que se acerca. Quiero agazaparme entre estos árboles, por si desde aquí logro verle.

ESCENA III.

Llegan por el bosque PEREIRA y BOLAÑOS seguidos de los ojeadores y monteros, que traen en parihuelas dos ciervos muertos y una corza, y tambien la jauria, al son de las cornetas de caza. ANDRÉS está en escena.

PER. ¿Qué haceis vos ahí? Lejos, lejos de esta alameda.

ANDRES. ¿No podré quedarme á ver al Rey?

PER. ¡Vaya si es curioso! Échese á la espalda, y métase entre los ojeadores.—Ruin batida hemos hecho, hermano Bolaños.

BOL. Dos ciervos y una corza: no es mucho; y algo mas saldria si continuara el ojeo; pero el Rey ha mandado que cese, y se viene á estas alamedas á descansar.

PER. Y en verdad que no alcanzo por qué descansa aquí y no en Alcalá que está á la vista.

BOL. Por excusar sin duda etiquetas y ceremonias, y que no se alboroten los estudiantes y dejen el áula. Aunque me temo que por fin llegue allá la voz de que está aquí el Rey y... Mirad: hácia acá se dirige un caballero á todo galope.

PER. Mirad, mirad, ya se ha incorporado á la comitiva. Ahora se detendrá el Rey á recibirlo... Pues no se detiene, que solo el secretario es quien habla con él, y el Rey sigue picando su caballo.

BOL. El Rey don Felipe no se detiene nunca.

PER. Ya llegan aquí.

BOL. Silencio, los ojeadores.

ESCENA IV.

DICHOS, el REY, ANTONIO PEREZ, D. GASPAR, el PRÍNCIPE DE ÉBOLI, el EMBAJADOR DE INGLATERRA, el de FRANCIA, MONSEÑOR AQUAVIVA, el CONDE DE MONTIGNI, el MARQUÉS DE AGUILAR, grandes, palafraneros, criados.

Pereira y Bolaños forman á los ojeadores en el fondo en semicírculo: Andrés se coloca entre ellos.

ANT. P. Á la sombra de estos árboles puede vuestra majestad descansar. (Dirigiéndose á un grupo de árboles á la izquierda.)

REY. En buen hora.

ANT. P. La silla. (Traen los criados un asiento de tijera: los grandes se disputan el honor de colocarlo. Siéntase en él el Rey.)

REY. ¿Dónde está Ezpeleta? (Á Antonio Perez.)

ANT. P. Allí, señor; junto al príncipe de Éboli.

REY. ¿Cuántos dias ha echado desde Flandes?

ANT. P. Quince solamente. Dijéronle en palacio que estaba vuestra majestad cazando en los bosques de Alcalá, y al punto se dirigió aquí, sin detenerse mas que lo preciso para dar cuenta de su comision al cardenal inquisidor.

REY. Buena diligencia ha hecho.

ANT. P. Así se lo encomendó el duque de Alba al darle los pliegos. ¿Quiere vuestra majestad que le haga llegar?

REY. No. ¿Qué prisa corre? Hemos venido á cazar: veamos primero la caza. Aguilar: traed las reses. (El marqués de Aguilar, montero mayor, se coloca frente del Rey con los monteros, y hace desfilar á los criados con las piezas colocadas en las parihuelas.) ¿No ha llegado Luis Quijada con su paje?

ANT. P. No, señor.

REY. Mucho tarda.

AGUILAR. Este ciervo mató el príncipe de Éboli.

REY. ¡Soberbio tiro! Éboli, os lo podeis llevar; y presentádselo en mi nombre á la princesa vuestra esposa.

EBOLI. Beso á vuestra majestad los pies por las mercedes que me hace.

PER. (Á Bolaños.) (Famosos cuernos tiene.

BOL. ¿Quién?

PER. ¡Toma! El ciervo.)

REY. Antonio Perez, pedidle á Ezpeleta los pliegos. (Antonio Perez se acerca á Ezpeleta, le pide los pliegos, y se los trae al Rey. Este manda á Perez que los abra, y se pone á leerlos.)

AGUILAR. Esta corza hirió el conde de Montigni, y remató el legado de Su Santidad.

REY. ¡Oiga! (Sin dejar de leer.) ¡Monseñor Aquaviva es tan diestro en manejar la escopeta! Celebro que Roma me envie legados que saben cazar en mis reinos.

AQUAV. Roma, señor, necesita manejar tambien las armas, hoy que la herejía levanta en Europa la cabeza y amenaza contaminar todos los reinos.

REY. Los mios no, señor legado.

AQUAV. Veo alzarse, señor, á los moriscos de las Alpujarras y á los estados de Flandes. Roma os ayudará á combatirlos.

REY. Á las Alpujarras irá en breve un diestro cazador español, que anda ignorado por estos contornos, y en cuya busca vengo yo. Y por lo que hace á Flandes, ya habeis visto que al conde de Montigni se le ha escapado la corza.

MONT. Los estados de Flandes no me han enviado, señor, para que cace, sino para que obtenga de vuestra majestad que no se cace en ellos.

AQUAV. Y á mí, señor, el Papa Pio Quinto para que impida que vuestros vireyes de Nápoles y de Milan cacen en lo vedado que pertenece á Roma.

REY. (Dejando de leer.) ¡Bien! ¡Duque de Alba, primo! Justamente, señores enviados, tengo en la mano la respuesta para Flandes y para Roma á un tiempo.—Aguilar, guardad esa corza para mí.—Llegue don Gaspar de Ezpeleta.

GASPAR. Deme vuestra majestad á besar su mano.

REY. Alzad, don Gaspar; que habeis corrido mucho desde Flandes aquí, y vendreis fatigado.

GASPAR. Las nuevas que os traigo, señor, me hacen olvidar la fatiga, que para mí es descanso, cuando redunda en servicio de vuestra majestad y del Santo Oficio.

REY. Conque en efecto, don Gaspar, los condes de Egmont y de Horn...

GASPAR. Entregaron su alma á Dios. (Murmullo entre los grandes.)

MONT. ¿Qué decis? ¿Los condes? ¿Es posible?...

REY. Él los haya perdonado... como yo los perdono ahora.

MONT. ¡Mi rey y mi señor!... ¿Es cierto lo que dice este hombre?

REY. Así me lo escribe el duque de Alba.

GASPAR. Y yo lo ví con mis propios ojos. No bien entramos en Bruselas, los condes de Egmont y de Horn, los de Utrecht y de Mansfeld, los de Tolosa y de Marnix tuvieron la osadia de presentarse al de Alba á felicitarlo y ofrecerle su apoyo, protestando de su lealtad á vuestra persona. El buen duque, mas soldado que político, casi se dejaba alucinar con el astuto lenguaje que pone Satanás en los labios de los herejes, y á pique anduvo de creerlos. Pero estaba yo á su lado revestido con los ámplios poderes de comisario del Santo Oficio, y en nombre del inexorable tribunal, le conjuré que, pues dentro de su mismo palacio los tenia, no dejase escapar la ocasion. Aun batallaba el de Alba con el escrúpulo de quebrantar la palabra que les habia dado de respetar sus personas, si le abrian las puertas de Bruselas. Vencí tambien su repugnancia, poniéndole por delante el triunfo de la fé, que es lo primero: prendióse allí mismo á los condes; comparecieron ante el tribunal de los doce, que en aquel dia fué creado; y al siguiente el de Egmont y el de Horn, fueron degollados en la plaza pública, y colgadas sus cabezas en una escarpia de hierro.

MONT. Señor! ¡qué espanto!

REY. Si no ha cogido al Príncipe de Orange, no ha cazado gran cosa el duque.

GASPAR. Mi mano deja allí encendidas las hogueras. Los pueblos pagan sumisos y temblando el diezmo que prescribe el concilio. La rebelion murió: la herejía se extingue en las llamas. El cetro de Felipe Segundo ha pasado sobre Flandes!

MONT. ¡Y Flandes no existe ya! Señor! ¡El conde de Egmont!... ¡el que venció en San Quintin y en Gravelinas!... ¡Oh! ¡Era caballero del Toison y no ha sido juzgado por sus pares!... ¡De qué sirve ya llevar al cuello el vellon de Borgoña si ha de ser despojo del verdugo!

REY. Conde de Montigni, no os despojeis vos mismo del sagrado de ese escudo; que tengo aquí papeles que el de Alba me envia, en que se prueba vuestra complicidad con Egmont.

MONT. Sí señor: cómplice suyo soy en ser buen católico, y en haber defendido con él en Flandes los derechos de vuestra magestad. Despues de lo que he oido, nada tengo ya que hacer á vuestro lado. Me despojo de este simulacro irrisorio que dejo á vuestras plantas; (Se quita el Toison y lo echa á los pies del Rey.) y escudado con el salvo conducto que me disteis para venir aquí, y que confio en que respetareis como Rey y caballero, me vuelvo, señor, á mi desventurada patria, á llorar sobre sus ruinas, á perecer con mis hermanos!... (Se va apresurado.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos MONTIGNI.

REY. Me duele, don Gaspar, que para hacer justicia de los condes, tuviese que quebrantar el duque la palabra que les dió.

GASPAR. Doloroso fué sin duda. Pero, señor, han de anteponerse mundanas leyes de caballería, creadas por la vanidad y el orgullo del hombre, á las que aseguran el triunfo

de la fé y la muerte de la herejía?

REY. ¡Cierto, cierto! Dios ha puesto al duque mi primo en una prueba terrible. ¡Nunca me vea yo en trance igual! Porque supongamos que el bien de mis estados, que la paz de Flandes reclamase la prision del conde de Montigni, que lleva un salvoconducto mio... ¿Qué pensais de ello, Antonio Perez?

ANT. P. ¿Yo, señor? Obligacion mia es dar consejo á vuestra majestad siempre que me lo pida: pero cuando sé que el consejo no ha de ser seguido, y ha de hacerme incurrir acaso en el desagrado de mi rey, permitidme, señor, que por esta vez lo calle.

REY. ¡Cómo!... ¿Segun eso me aconsejais?...

ANT. P. Que mandeis prender al conde de Montigni.

REY. ¡Ya!

ANT. P. Que acalleis, señor, en vuestro corazon, por mas que semejante esfuerzo lo desgarre, la voz de la piedad y del honor, y que seais rey y católico antes que hombre y caballero.

REY. Grave peso quereis echar sobre mi conciencia, Antonio Perez!

ANT. P. Todo entero viene á caer, señor, sobre la de quien os dá el consejo.

REY. No se diga que tengo un vasallo mas digno de reinar que yo. Príncipe de Éboli; prended á Montigni, y encerradlo en el fuerte de Simancas. No es justo que vaya á darle que hacer al duque de Alba. (Váse Éboli con guardias en seguimiento de Montigni.) Ya veis, monseñor Aquaviva, que el rey de España sabe acabar con los herejes, sin la ayuda de Roma. Aguilar, ¿no hay mas caza?

AGUILAR. Este ciervo mató vuestra majestad.

REY. Estais engañado, marqués.

AGUILAR. Del puesto en que vuestra majestad estaba partió la bala que le hirió.

REY. Antonio Perez seria, que estaba conmigo en el puesto. Nunca yo disparo mi arcabuz: no quiero que mis manos viertan sangre, ni aun de los animales del bosque.

Pero ya que nadie reclama el tiro, llévese el ciervo don Gaspar de Ezpeleta, que yo se lo regalo.

GASPAR. (Arrodillándose.) ¡Vuestra majestad me honra en demasia!

REY. Mas merece vuestro celo, don Gaspar. Pedidme albricias de las nuevas que me traeis. ¿Cuándo casais á vuestra hermana?

GASPAR. Concertadas, señor, tenia sus bodas con el primogénito de los Velez. Suspendiéronse porque él marchó á pelear á las órdenes del marqués, su padre, contra los moriscos, y yo á Flandes con el duque.

REY. Le haré llamar. Casadla luego, y yo la dotaré.

GASPAR. Dadme licencia, señor, de que me llegue á Alcalá, donde vive retirada desde mi marcha, á contarla las mercedes que vuestra majestad nos hace.

REY. Andad en buen hora, don Gaspar. (D. Gaspar besa la mano al Rey y se va por la izquierda recibiendo las felicitaciones de los grandes.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, excepto D. GASPAR.

REY. ¿No hay mas reses, Aguilar?

AGUILAR. No salieron mas del ojeo, señor. Bien le dije á vuestra majestad que en los bosques de Alcalá no hallariamos gran cosa.

REY. Os engañais, marqués. Con ser mi montero mayor, no sabeis vos que aun he de cazar yo aquí, y llevarme hoy á Madrid algo que os maraville á todos.

AGUILAR. Si vuestra majestad quiere que se repita el ojeo. .

REY. No: con un ojeador que ya tengo despachado, vendrá la caza á mis pies. Cachorro es de un leon que fué espanto de muchas comarcas.

ANT. P. Siempre que no use mal de las garras...

REY. Si tal acontece, se las limaremos. ¿Ni Francia ni Ingalaterra han cazado hoy?

EMB. F. Francia, señor, ha hecho una buena batida de hugo-

notes en la batalla de Jarnac. No importa que yo no mate aquí ciervos, mientras el duque de Anjou mata allá príncipes de Condé.

EMB. I. Y en Ingalaterra, señor, fué tanto lo que se cazó, cuando vuestra majestad estuvo por allá, que hemos perdido la aficion á ese género de distracciones.

REY. Ya sé que vuestra reina Isabel no gusta de perseguir esas fieras. Y aun si se hubiera de dar crédito á los que la calumnian... Mirad: aquí me envia el duque de Alba cartas y papeles cogidos á los condes, en que aparece que vuestra reina protegia secretamente contra mí á los herejes de Flandes.

EMB. I. ¡Es posible! No lo extraño, señor; los grandes monarcas son siempre calumniados. Mirad: aquí tengo yo tambien papeles y cartas, que he recibido de mi córte, en que aparece que el duque de Alba ofrece secretamente en nombre vuestro auxilios de dinero y soldados á Maria Estuarda, para que destrone á nuestra reina Isabel.

REY. ¿Ois esto, Antonio Perez?

ANT. P. Y me confunde, señor, que así se calumnie vuestra lealtad.

REY. Dadme, señor Embajador, dadme esos papeles, y decid á vuestra reina cómo los he roto en presencia vuestra.

EMB. I. ¡Noble determinacion, señor! Pero dadme esos vuestros, para que haga yo lo mismo con ellos. (Truecan los papeles, y los rompe cada cual.)

REY. (Bien se ha compuesto.)

ESCENA VI.

DICHOS, QUIJADA y D. JUAN. Ambos salen por la izquierda y se detienen en el foro.

ANT. P. Señor, ya están allí.

REY. Llegad, Luis Quijada, y traedme á vuestro paje. (Quijada conduce delante del Rey á D. Juan.)

QUIJ. Don Juan, acercaos y besad la mano á su majestad.

JUAN. (Arrodillándose.) (¡Un hijo de Cárlos Quinto!)

REY. ¿Sabeis ya de quién sois hijo?

JUAN. No puedo saberlo, señor, mientras esté arrodillado.

REY. Cárlos Quinto fué vuestro padre y el mio: alzad, hermano, y venid á mis brazos. (Le levanta y abraza, levantándose él tambien.) Os presento, señores, á un hijo del Emperador, á un hermano mio. Marqués de Aguilar, hé aquí la caza que he venido buscando... y que no ha dejado de hacerse esperar.

JUAN. Diez años há, señor, que pudo vuestra majestad hallarla.

REY. ¿Y nadie en ese tiempo os ha dicho quién érais?

JUAN. Sí, señor.

REY. ¿Quién? (Mirando ferozmente á Quijada, que permanece inmóvil y tranquilo.)

JUAN. Mi corazon me ha dicho mil veces que era digno de un infante de Castilla.

REY. ¡Infante! Veremos, veremos. Por ahora os llamareis don Juan de Austria. (Pereira deja su puesto, lleno de entusiasmo, y viene á echarse á los pies de D. Juan.)

PER. ¡Oh! ¡no hay duda!... ¡hijo suyo es!... ¡Este era su porte... este era su semblante!... Dejadme que abrace vuestras rodillas, hijo de mi emperador... disponed de mi sangre!

JUAN. Alzad, buen Pereira; mirad que está delante el Rey.

REY. Me enternece esa fidelidad de un antiguo servidor, y merece recompensa. Pereira, ya estais viejo para las fatigas de la montería; idos á vuestra casa á descansar. Á Madrid, señores. (La comitiva se pone en marcha en el mismo órden en que vino y desaparece por la izquierda. Toque de cornetas que se va alejando.)

ESCENA VII.

ANDRÉS solo.

¡Válame Dios y cuanta grandeza! Conque el bueno de don Juan... Así Dios me asista como creo que estoy

durmiendo y tengo la pesadilla! Un estudiante con quien he comido y he cenado y he reñido no pocas veces... Un mozo de carne y hueso como yo... hijo de Emperadores... hermano de Reyes!... Es decir que yo mismo, tal como soy, con mis gregüescos de lana burda, y mi cara soleada y mis manos curtidas... no hay mas sino que pudiéramos salir mañana ó esotro con que era hijo de cualquier conde ó príncipe... ó del mismo gran turco sin dificultad alguna. Pues claro está: y entonces mi padre seria... Bien que no: que entonces mi padre no seria mi padre, sino... Cosas son estas que á no verlas como las he visto... Vaya que Miguel no está tan loco como dice nuestra hermana Andrea; que aquí hubiera yo querido tenerla, á ver como negaba lo que ha pasado. Héle allí que sale de la quinta.

ESCENA VIII.

ANDRÉS, MIGUEL. Miguel arrima la escopeta al tronco de un árbol.

MIGUEL. Corre, hermano Andrés, corre á casa, y sin que nadie te sienta, ensilla el caballo, pon en él la maletilla con mi ropa blanca, y vuelve á buscarme; que quiero al punto partir sin dar de ello cuenta á mi familia.

ANDRES. Conque en resolucion, hermano, dejas á Alcalá, y sigues á don Juan á la córte?

MIGUEL. ¡Sí, Andrés, dejo á Alcalá!... Dejo aquí lo que mas amo en la tierra!... Dejo á doña Ana rendida á un desmayo mortal, y voy á hacerme digno de su mano. Sí, hermano mio! has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro!... Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Que esas lágrimas que acabo de ver correr de los hermosos ojos de doña Ana, y ese abrazo con que hasta la muerte se han estrechado y unido nuestros pechos, y esa prenda de nuestro amor que dejo en su regazo, y esta banda que

ostenta los colores de mi dama, y que ella con sus propias manos me ha ceñido, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hacen que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer las aventuras que á mi valor estan guardadas! Así que, tráeme el caballo, hermano Andrés, y quédate adios y espérame aquí hasta tres años no mas, en los cuales, si no volviere, dirás á la incomparable señora de mis pensamientos que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hicieren digno de poder llamarse suyo.

ANDRES. (Llorando.) ¡Que nos dejas, hermano Miguel!... ¡Que dejas á tus padres, y á tu pobre Andrés, que tanto te quiere!... Mira que yo he oido predicar al cura que quien busca el peligro perece en él. Además, que tan duro y sin entrañas ha de ser ese hermano de doña Ana, que si ambos le escribis allá donde se halle (que nunca me lo has dicho ni sé yo quién es) todo lo que os pasa y lo que media entre los dos, que es caso ya de conciencia, no os perdone y os eche su bendicion, y os goceis por muchos años, sin necesidad de que te vayas por esos mundos de donde quizá no vuelvas?

MIGUEL. No lo pienses, Andrés; que ablandar á su codicioso hermano es pensar en lo excusado; que quiere hacer de su hermana instrumento de su vanidad, y ejerce cargos y oficios que acreditan lo endurecido de su corazon. Pero por ahora se está lejos de España, donde le darán que hacer por mucho tiempo, y doña Ana es firme y resuelta: y en fin, yo he de volver en otra condicion y con tanta gloria y nobleza, que sobrepuje la de su hermano, y baste á que tú y los mios os alceis sobre la primera de España; que todas ellas tuvieron su principio en uno que las sacó de la oscuridad con sus hazañas. Conque date prisa, Andrés, y haz lo que te he dicho.

ANDRES. Pues hermano Miguel, si ha de ser así, vaya la soga tras el caldero, y sabe que yo quiero seguirte é ir contigo hasta el fin del mundo.

MIGUEL. ¡Tú seguirme, Andrés!

ANDRES. ¡Yo, en cuerpo y alma! que todo lo que hoy he visto me ha abierto los sentidos, y no sé lo que siento yo tambien que me está escarabajeando aquí dentro, y el mucho amor que te tengo no me consiente dejarte ir solo sin alguien que te acompañe y te cuide. Á no ser que sea tal mi talle y tal y tan campesina mi catadura, que pienses que te ha de desautorizar por esas córtes y y palacios donde hemos de presentarnos.

MIGUEL. No permita Dios, hermano, que yo ataje los primeros ímpetus de tu valor, ni ahogue en el campo de tu esperanza la primera flor de tus hazañas. Sigue, sigue tus generosos instintos y vente comigo; que las armas y la gloria te darán el talle y la catadura del mas gentil caballero. Solamente el nombre quisiera yo que trocases; que el de Andrés que llevas me parece nada bien sonante ni significativo.

ANDRES. En la pila me le pusieron, que no me le puse yo, ni tuve en ello voz ni voto: truécamele tú, y llámame desde hoy como quisieres.

MIGUEL. Pues Rodrigo te has de llamar desde hoy, que así se llamó el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, á quien quizá llegues á igualar en la fama.

ANDRES. Rodrigo me llamaré; y en el nombre paréceme ya que llevo ventaja al de Miguel, que es el tuyo.

MIGUEL. Te engañas de medio á medio. Que la primera hazaña y la primera espada que hubo en los siglos y que pusieron admiracion, no solamente al mundo sino al mismo cielo, fueron las del arcángel Miguel, que precipitó á los abismos al gigante de las tinieblas. Así, que, no esperes que yo trueque mi nombre con otro alguno. Y pues estás decidido, Rodrigo, y nada queda que hacer, corre te digo otra vez, y trae el caballo y partamos.

ANDRES. Pero advierte, hermano, que á pie mal podré yo seguirte; y así, lo que yo haré será traer el asno é ir caballero en él, que es famoso animal y sé que no ha de quedarse atrás.

MIGUEL. En lo del asno no estamos conformes; que no hay ningun caballero que lo haya usado; antes es cabalgadura de villanos; pero llévalo para salir de Alcalá, que en llegando á Madrid, yo te proveeré de caballo.

ANDRES. En buen hora; y traeré tambien las alforjas con una hogaza y un buen pedazo de queso para el camino. (Encamínase á la izquierda.)

MIGUEL. Vamos, Rodrigo.

ANDRES. Vamos.

MIGUEL. ¡Adios quedad, campos que me vísteis nacer pobre, oscuro y desvalido, y que con la ayuda de Dios y el valor de mi pecho, me vereis volver rico, noble y ceñida la frente de laureles! (Váse con Rodrigo por la izquierda.)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SE OSCURECE LA ESCENA.

Varios grupos de nubes ocultan la decoracion. La orquesta toca muy piano el final de «El loco de la boardilla,» llevando el canto los violines. Vuelve á aparecer el actor que ha hecho de Cervantes, y dice al compás de las bellísimas notas de Fernandez Caballero sentida y reposadamente las siguientes palabras del autor del proemio.

Aquí llegaba el poeta cuando la muerte nos lo arrebató. Despojo de la tierra son sus cenizas: rotas estan las cuerdas de aquella lira tan dulce y conmovedora, y ya no volverá á oir el mundo el eco de aquella voz, á la que Cervantes y Calderon habian prestado sus misteriosas armonias.

Los dos camaradas son el canto del cisne, que oimos aquí, con dolor y regocijo á la par, sus hijos, sus amigos y sus admiradores. Si las brisas de la madre patria pueden llevar hasta las riberas del Plata el eco de ese canto postrero, envuelto en el estruendo de un aplauso, una madre anciana, que en aquella tierra, ¡hoy extranjera! llora muerto á su hijo querido, bendecirá desde allí á los españoles.

CAE EL TELON.